



EN DILIGENCIA

JOSÉ LÓPEZ PORTILLO
Y ROJAS





NOVELAS en **TRANSITO**

Esta colección ofrece un recorrido indispensable por la novela corta en México. Las primeras historias ven nacer el México independiente; las últimas, el país que surgió de la Revolución armada de 1910 y sus consecuencias culturales. No importa que las novelas vayan ligeras de equipaje, seguramente el viaje será largo.

La novela corta. Una biblioteca virtual
www.lanovelacorta.com



CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA



FONCA

EN DILIGENCIA

JOSÉ LÓPEZ PORTILLO Y ROJAS

Juan Manuel S. Ocampo
Presentación

Patricia G. Ruiz Lomelí
Edición

Patricia G. Ruiz Lomelí y Laura Águila Rivera
Notas

Novelas en Tránsito
Segunda Serie



La novela corta. Una biblioteca virtual

www.lanovelacorta.com

NOVELAS EN TRÁNSITO

Segunda Serie

Gustavo Jiménez Aguirre, *director*

CONSEJO EDITORIAL

Gabriel Manuel Enríquez Hernández, Verónica

Hernández Landa Valencia, Gustavo Jiménez Aguirre,

Eliff Lara Astorga y Luz América Viveros

ASISTENCIA EDITORIAL

Braulio Aguilar Velázquez y Karla Ximena Salinas Gallegos

José López Portillo y Rojas, *En diligencia*

Primera edición digital: 21 de junio de 2018

D.R. © 2018 Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Filológicas

Circuito Mario de la Cueva, s. n.

Ciudad Universitaria, 04510, Ciudad de México.

Esta publicación se realizó con apoyo del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes a través del Programa de Fomento a Proyectos y Coinversiones Culturales 2017.

Diseño de la colección: Andrea Jiménez

Ilustración de portada: Gonzalo Fontano

ISBN: EN TRÁMITE (de la colección)

ISBN: EN TRÁMITE

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Se permite descargar e imprimir esta obra, sin fines de lucro.

Hecho en México.

ÍNDICE

Presentación. Un pescante en la novela corta mexicana del siglo XIX	
<i>Juan Manuel S. Ocampo</i>	5
<i>En diligencia</i>	
I. A las tres de la mañana llamó a la puerta	19
II. La inspección ocular	25
III. Aún no terminaba la comida	35
IV. La hora del alba sería cuando salimos de Tula	51
V. Pocas horas después, estábamos en Huehuetoca	59
Noticia del texto	61
José López Portillo y Rojas. Trazo biográfico	63
Notas	67

PRESENTACIÓN

Un pescante en la novela corta mexicana del siglo xix
Juan Manuel S. Ocampo

La compleja geografía de nuestro país fue impedimento para que la gente del siglo xix viajara con frecuencia; los gastos, las incomodidades y los riesgos de un viaje largo eran evitados en lo posible. Los viajantes extranjeros y nacionales, que en sus crónicas se ocuparon de retratar para los habitantes sedentarios las peculiaridades geográficas y sociales de la joven nación, hicieron válido a lo largo del siglo xx un término, acuñado por Carl Lumholtz, que se volvió un concepto que aún hoy nos significa: México desconocido.

Una alternativa a los riesgos fue viajar por medio de las palabras que otros viajeros más arriesgados y en condiciones propicias para realizar travesías por el suelo patrio escribían. La llegada del ferrocarril a nuestro país, celebrada al inicio de la segunda mitad del siglo xix, y su expansión, sin prisa, pero sin demasiadas pausas,

promovió los viajes frecuentes, seguros y cómodos, a los diversos lugares que las vías ferroviarias iban uniendo. La diligencia, como sucedió con muchos medios de comunicación y transporte en otros tiempos, se resistía a morir sin dar batalla. Quizá debido a ello, José López Portillo y Rojas nos entregó en esta novela una de las últimas peleas ganadas por este medio de locomoción.

López Portillo ocupa un lugar innegable en la historia de la literatura mexicana, aunque sus obras hoy no sean leídas con frecuencia. Los motivos son diversos, algunos ajenos al arte de la escritura. Seymour Menton, por ejemplo, no hace la mejor promoción a la lectura de López Portillo cuando nos dice en su antología comentada *El cuento hispanoamericano* que nuestro autor fue porfirista, de familia rica y tradicional y que su novela más famosa, *La parcela*, “representa la visión del hacendado”. Si bien todo lo anterior es innegable, se conocen datos para matizar esos aspectos y, lo que es más importante para la historia de la literatura, ninguno de ellos se relaciona directamente con la calidad de su obra.

En cuanto a la conciencia que tenía López Portillo respecto a la frecuencia en el empleo de recursos literarios, encontramos que su caso es similar al de Fernández de Lizardi. Los lectores de *El Periquillo Sarniento* le hicieron saber su desagrado ante los “epi-

sodios inoportunos, las digresiones fastidiosas y las moralidades cansadas” abundantes en la novela; sin embargo, El Pensador Mexicano los siguió insertando, incluso en su obra póstuma, *Don Catrín de la Fachenda*.

Este caso lo conocía bien López Portillo, tanto que a esas características las llamó “deficiencias de la composición”. A pesar de lo anterior, en varias de sus obras, particularmente en *Nieves*, novela publicada en la misma época que *En diligencia*, somete al lector a digresiones y homilías. Llega al punto, incluso, de describir la manera en que se extraía el tequila un poco antes de la época en que se narran los acontecimientos, y cómo se perfeccionó el procedimiento para evitar el desperdicio de materiales. El eje principal de la novela, los enamorados, no tiene nada que ver con la descripción, salvo el hecho de vivir en el pueblo de Tequila. Sumemos a ello que el ideario que López Portillo tenía de la novela le dominó la mano al momento de escribirla. En sus ensayos y en los prólogos a sus obras repitió que la novela es ante todo poesía, pero su idea de la poesía resulta peculiar, ya que, agrega: “Es la novela la última palabra de la literatura y la corona de la cultura artística, porque se compone de análisis y reflexión”; consecuentemente, López Portillo considera a la novela como el género más res-

petable, puesto que “sólo es posible su florecimiento cuando la sociedad está bastante adelantada para tener conciencia de sí misma, estudiarse y reproducirse en cuadros de palpitante verdad y colorido”. Un ejemplo que cumplía con su preceptiva lo encontraba en *Clemencia* de Ignacio Manuel Altamirano.

Aunque tener como principio de creación la búsqueda de cuadros coloridos y palpitantes de verdad no auguran a un escritor moderno, la literatura de nuestro autor está llena de elementos interesantes, de ideas y propuestas concretas y, lo que es más importante para el tema que nos convoca, también contiene varias obras que sin duda resistirán el paso de los años. A mi parecer, eso sucederá con la novela *En diligencia*.

El viaje como tema literario fue recurrente en el siglo XIX, ya que las estampas costumbristas que hablaban sobre regiones desconocidas para los lectores tuvieron mucho éxito. Desde el título, esta novela nos transporta al tema del viaje. Una vez instalados en el interior del vehículo, iniciaba para los pasajeros el suspenso, que se prolongaba hasta la llegada de los forajidos. La persecución, el enfrentamiento entre bandidos y viajeros, el énfasis en las formas del despojo y las mil maneras de evitarlo, fueron motivos que ponían a prueba la pericia de los narradores, empeñados en

proporcionar buena dosis de adrenalina. Manuel Payno nos deja dos buenas muestras de ello en su kilométrica novela *Los bandidos de Río Frío*. En la primera, Evaristo, el jefe de los criminales que recién empieza el aprendizaje del oficio, en su primer atraco a una diligencia es increpado de tal modo por Mateo, el conductor del vehículo, que el cabecilla “casi estaba tentado a pedirles perdón en vez de robarlos”. En el segundo ejemplo, los delincuentes detienen la diligencia en despoblado, pero lo mejor que consiguen como botín es que una de las pasajeras, cantante de ópera, les ejecute unas arias en el escenario del bosque. A esta imagen no le falta mucho para ser considerada muestra de lo real maravilloso.

Cuando López Portillo elige el tema para la novela que nos ocupa, conoce esos y muchos otros modelos de viaje, calcula sus fuerzas expresivas y concluye que puede agregar algo a ellos. El resultado es notable: en la primera parte de *En diligencia* nos entrega la obligada estampa costumbrista, mas sólo la emplea de fondo; luego, giro tras giro narrativo, nos va plasmando una imagen imponente, el retrato que compendia la mujer ideal del público masculino culto de la época: joven y bella, cómo no, políglota, de vasta cultura y, he aquí lo sobresaliente, con un valor que desafía los peligros físicos y sociales.

Elisa, eje del viaje narrativo de nuestra novela corta, a pesar de lo avanzado del siglo XIX, preserva el espíritu romántico que, entre otras características, es opuesto a la vida mecánica que anuncia el avance tecnológico. Para nuestro narrador dicho trayecto fue una suma de infortunios: madrugadas sin dormir, asientos incómodos, poco espacio para el volumen del compañero de viaje, asalto y volcadura. El autor coloca en boca de Elisa una respuesta para el desalentado y quejumbroso narrador:

—No hay cosa más detestable —continuó— que los viajes en ferrocarril. Entra usted en el vagón, silba el vapor, suena el herraje y se inicia la marcha sin sacudidas, en medio del rumor uniforme de los émbolos, sólo interrumpido por el ridículo y destemplado grito de la locomotora. No puede usted sacar la cabeza por la portezuela, porque le caen chispas y carbones en los ojos, no traba usted conocimiento con nadie, porque los pasajeros permanecen aislados en sus asientos, viéndose con ojos glaciales, a ratos durmiendo, leyendo a ratos y bostezando siempre. A paso de carga cruza usted por las estaciones y el viaje termina en un santiamén. Y llega usted a su destino con un gran desabrimiento en el ánimo y con un enorme vacío en la imaginación. ¡Nada de peripecias! ¡Nada de emociones! Yo detesto los ferrocarriles.

Esta idea de que es mejor viajar soportando peripecias propicias para nutrir la imaginación, se concilia en primera instancia con la de un contemporáneo, Manuel Gutiérrez Nájera, portador o, mejor dicho, diseñador del espíritu moderno mexicano del siglo XIX: “En esta época de los caminos de hierro, los viajes son un mito. Sale usted y llega. No hay aventuras, no hay incidentes”, dice en la crónica de un viaje que hizo en el tren de México a Puebla, recorrido que, agregaba, “es tan árido como los discursos académicos”. Aunque la descripción del viaje en ferrocarril parece similar al de Elisa, el sentimiento es opuesto, ya que, particularmente, Nájera lo encontró gozoso: “mientras el tren corría y corría”, él se levantó de su asiento y al asomarse al compartimiento en el que viajaba Vicente Riva Palacio junto con una comitiva, éste lo vio, “se puso en pie y alargando la mano por entre las rejillas, nos ofreció una botella de arac frío y un vaso de champaña. No sé qué tiene este arac, pero presumo que es el mejor tirabuzón para extraer palabras”. Después de esto, continuó, el viaje transcurrió entre abundante comida, conversaciones, libaciones, humo de puros y carcajadas. Los espíritus viajeros del Duque Job y Elisa son tan opuestos como el Modernismo y el Romanticismo.

El asalto a la diligencia

Si sumamos los cuadros que nos entregan las novelas *El Zarco* y *Los bandidos de Río Frío* tenemos un retrato aproximado de cómo eran los asaltos a las diligencias cuando atravesaban los solitarios caminos decimonónicos. A pesar de lo traumático que resultaron los atracos para quienes los sufrían, el humor no escasea en los relatos. López Portillo conocía las novelas mencionadas u otras similares, sin embargo, el modelo que al parecer sigue muy de cerca es una crónica de viaje que escribió Altamirano llamada “De Toluca a México”, la cual forma parte de *Los caminos de antaño*.

“De Toluca a México” reproduce un viaje que realizan el autor y un compañero de instituto; ocurre en una época donde, dice Altamirano, la diligencia era signo de modernidad y elegancia, a pesar de que viajar en ella dejaba los huesos destrozados. En el vehículo van dos españoles, un cura, un licenciado, un comerciante, un empleado de la tesorería y cuatro mujeres, una de ellas joven y hermosa. En el camino se habla de los asaltos que sufren los carruajes y de la peculiaridad del hombre que los encabeza. A pesar de la escolta, o por ello mismo, Altamirano y sus compañeros son asaltados en el trayecto. El relato del despojo se mueve entre lo grave y lo chusco, con auto escarnio incluido. Para

quien lea *En diligencia* le será fácil encontrar varias similitudes entre ambos textos; cabe señalar, por tanto, que hay un punto donde nuestra novela corta se desprende de la crónica o “cuento”, como también denomina Altamirano a su escrito. Es ahí donde radica el acierto mayor de López Portillo, ya que la anécdota costumbrista, material dilecto para muchos escritores del siglo XIX, en esta obra pasa a un segundo plano para invitarnos a gozar del contenido total de la novela; así, con esta ruptura, *En diligencia* se vuelve una muestra más de la evolución que el género narrativo logró en el siglo XIX. Óscar Mata, en *La novela corta mexicana del siglo XIX*, señaló una de las virtudes de *En diligencia*: su final inesperado.

En las pocas líneas que López Portillo dedica a la presentación de esta novela se enfoca en marcar la diferencia entre los transportes pasados y los del presente. El objetivo declarado en su escritura es preservar la memoria para dejar constancia de cómo eran esos viajes en diligencia, aspecto sintetizado en la voz del narrador: “nuestro viaje ha sido un resumen de las calamidades a que están expuestas las diligencias”. Sin embargo, José López Portillo deja sutilmente, además, un pie para lo que, a mi parecer, constituye la intención fundamental al escribir la novela: retratar un lance “de picante carácter”.

Sin dramatismos ni hechos extremos, el autor genera situaciones que la protagonista resuelve de tal manera que merece figurar entre los personajes femeninos más intensos de la literatura mexicana del siglo XIX. Los espacios que llenamos para imaginarnos la vida de Elisa antes y después del viaje no pueden ser cubiertos sino imaginándola llena de actividades impetuosas. Dicha imaginación se nutre de la fuerza que emplea en la defensa de sus ideas durante el viaje y, más evidentemente, en la salvaguardia de su integridad física durante el atraco. Esto la convierte en heroína. Así, el viaje es un tema subordinado a la pervivencia de un espíritu romántico encarnado en una mujer culta, hermosa y valiente que toma las riendas de la diligencia narrativa y opaca, con mucho, a sus compañeros.

Un autor vigente

Las formas literarias que empleó en la narrativa, puestas al lado de las utilizadas por los grandes escritores de fines del siglo XIX, y en mayor abundancia en el XX, envejecieron en algunas obras de López Portillo. Mencionemos, por ejemplo, los cuadros costumbristas que inserta al menor descuido en la trama y la cantidad de información que contienen. Éstos han despertado, y seguirán

despertando, la atención de historiadores y sociólogos antes que la de los críticos literarios. Las homilias que discurren narrador y personajes han alejado a algunos lectores. No obstante, *En diligencia*, nuestra novela corta, dejará satisfechos a los lectores contemporáneos que buscan tramas llenas de vitalidad donde los personajes se desenvuelven con ligereza y provocan regocijo.

EN DILIGENCIA

I

A las tres de la mañana llamó a la puerta de mi cuarto el mozo del hotel con fuertes golpes y gritando con apremio:

—¡Ya es hora!

Echeme a cuestras el vestido a toda prisa, entre grandes bostezos y dándome al diablo porque el administrador de las diligencias hiciese salir tan temprano el vehículo; y pocos momentos después abrí la puerta de mi habitación y me dirigí al comedor a tomar algún refrigerio.

Cuando bajé al zaguán, estaba listo el carruaje. Los tres tiros de mulas hallábanse ya enganchados; el cochero ocupaba su puesto en el alto pescante, y empuñaba con mano firme el abundante manojó de las mugrosas riendas; el sota tenía por la brida el par de mulas delanteras para impedir que partieran antes de tiempo; y dos mozos alumbraban la escena con otras tantas gruesas y resinosas hachas, que despedían tanta luz como chispas y espeso humo. Todavía salieron algunas maletas del despacho del administrador, que fueron adicionadas a

la henchida zaga o al abultado techo del carruaje. La máquina estaba materialmente atestada de carga: en la cochera, en el pescante, en la parte superior, en el interior, debajo de los asientos y aun en el espacio destinado a los pies de los viajeros, por dondequiera había maletas. Concluidos los preparativos, llegó el momento de ocupar nuestros sitios, y lo hicimos los pasajeros con resignación de mártires.

La diligencia se llenó en pocos momentos. ¡Éramos once pasajeros! Sólo un asiento quedó desocupado en la banqueta de en medio, donde no hay más apoyo para la espalda del paciente que una movable correa que empuja, cede y aporrea como instrumento de inquisición. Afortunadamente para mí, había podido escoger con tiempo un buen número en la banqueta delantera, junto a la ventanilla; así es que relativamente quedé bien instalado.

—¿No falta ningún pasajero? —preguntó una voz en la puerta de la posada.

—Ninguno —repuso el sota.

No contento con la respuesta el administrador, que era un español de muy mal genio, subió al estribo de la diligencia y nos echó al rostro la luz de la linterna que en la mano llevaba.

—Está bien —dijo bajando del estribo—, ¡en marcha!

Sonaron las cadenas de los tiros, rechinó la pesada máquina, vaciló un momento sobre las duras sopandas, hizo el cochero chasquear su látigo descomunal y nos pusimos en movimiento. La diligencia salió con rapidez vertiginosa, haciendo furioso estruendo en el empedrado, y turbando el sueño de los buenos habitantes de Querétaro. Quien la hubiera visto animada de aquella velocidad habría creído que poca ventaja podría sacarle el vapor; no así yo, que estaba en el secreto, y sabía por experiencia que tales vehículos son rápidos en las poblaciones y tardos en despoblado.

Habríamos andado dos o tres cuadras, cuando se paró el carruaje con grandes gemidos del garrote. Era que llegaba una pasajera retrasada. Abrióse la portezuela y entró la persona, la cual, a juzgar por su silueta, era una dama de buena condición. No pude resistir el deseo de cederle mi cómodo asiento, pues parecía impropio dejarla ocupar el único que había disponible en el vehículo, y que, a decir verdad, era el peor de todos.

—Puede usted ocupar este sitio —le dije.

—Pero ¡cómo! —contestó resistiendo débilmente—; irá usted muy incómodo.

—No importa; estoy acostumbrado.

Aceptó la dama y me instalé en el maldecido asiento central. Mis adláteres eran hombres de buenas carnes; así que tuve que entrar en el sitio como cuña,

haciéndolos murmurar con desagrado. Maletitas, sacos y cajoncitos sembraban el piso de la diligencia; con trabajo logré acomodarme de manera de tener dónde apoyar un pie.

Tornó a sonar el látigo y partió de nuevo el carruaje, haciéndonos saltar como pelotas chazadas y rechazadas por mano vigorosa. Así nos acomodamos mejor, amoldándonos mutuamente por la fuerza de la presión y después de haber golpeado el techo con la mollera, y de habernos tumbado varias veces los unos sobre los otros.

Llegamos al campo y allí se acabaron los bríos de las mulas. Proseguimos la marcha lenta y penosa, llena de duras sacudidas y de estridentes rechinidos del armatoste. Al subir las pequeñas eminencias, la lentitud era imponderable; muy luego el carruaje se despeñaba en alguna depresión del terreno con terrible fracaso, como si en la caída se hubiese desarticulado y nosotros nos hubiésemos hecho pedazos los huesos. Pasado breve instante, como de estupor, continuaba la marcha con la misma dureza de sacudidas e idénticos gemidos del garrote y de los ejes.

La pereza de los movimientos, la monotonía de los ruidos, la oscuridad y lo temprano de la hora nos traían silenciosos y aletargados. Por mi parte, duermo como un lirón en esos majestuosos vehículos; así que muy a poco me sumí en sabroso sopor, y dejé a mi cabeza hacer

todo género de evoluciones, pendiente de mi cuello laxo. La elástica correa me lanzaba hacia adelante como a la piedra la honda; medio despertaba sobre los cuerpos de los pasajeros de enfrente, pedía mil perdones, me esperezaba, maldecía mi sueño, y poco después no sabía de mí, y tornaba a vagar por los limbos indecisos de Morfeo.

Así pasaron las horas, hasta que comenzó a clarear el día. A la salida del sol sopló un vientecillo fresco, que destempló el cuerpo de los trasnochadores; todos nos abrigamos como pudimos, acomodándonos en nuestros asientos, y procuramos tener alguna compostura. No era hora ya de roncar, porque había luz y teníamos la conciencia de hacer mala figura dormidos. Por otra parte, era forzoso echarnos un vistazo, para poder responder a la pregunta: *ubinam gentium sumus?*, ¿entre qué gentes estamos?

II

La inspección ocular —vulgo *vista de ojos* entre tinterillos— me dio por resultado observar lo siguiente: un matrimonio compuesto de papá, mamá y dos niños a la espalda; al frente, la compañera retardada, dos alemanes y un eclesiástico; en la hilera de la correa, un caballero gordo a mi lado, un viejo militar junto a una portezuela, y un caballero distinguido junto a la otra.

La compañera retardada era una joven como de veinte años, elegantemente vestida; con guantes, sombrero y velillo de crespón, que se echaba sobre el rostro cuando se levantaba polvo en la carretera. Era lo que puede llamarse una guapa moza; tipo mexicano, gracioso y zalamero. Cara redonda, fresca y llena de picardía, nariz pequeña, boca irreprochable, con dientes menudos y deslumbrantes de blancura; ojos negros y habladores, de esos que al mirar parece que son siempre intencionados y hacen confidencias; mano breve, cintura delgada, busto enérgico; en fin, una mujer enloquecedora.

Frente a ella se ostentaba el caballero distinguido del que he hablado, hombre de unos treinta años, de barba castaña partida a la Maximiliano, peinado a la Capoul, camisa de color, guantes y cubrepolvo. Era un buen mozo.

El mudo examen duró algunos momentos. Todos nos mirábamos en silencio, encontrándose nuestros ojos a cada paso por los ámbitos del carruaje. Conocido el terreno, la joven a quien había cedido mi asiento vino a ser el punto de convergencia de las miradas de los hombres, con excepción del viejo militar, porque no estaba ya para chicleos amorosos, y del humilde eclesiástico (indio lampiño como la palma de mi mano y moreno como un bollo de chocolate), por razón de su ministerio. A excepción de estos ministros, uno de paz y otro de guerra, los demás individuos de mi sexo que venían empacados en el vehículo no perdían de vista a la hermosa, incluso el papá de los niños a quien se le alegraban los ojos y que echaba también su cuarto a espaldas en aquel general embobamiento. Varias veces le sorprendí buscando, por entre las movibles cabezas que tenía delante, intersticios por donde pudiesen caber sus rayos visuales.

Por entendido que yo también me dejaba llevar del torrente, procurando no perder de vista el lindo palmito.

Así quedó entablada silenciosa competencia entre los varones, y no hubo quien durmiera, salvo los ministros de paz y de guerra, que lo siguieron haciendo a maravilla.

Un alemán rompió el fuego, diciendo con la voz atiplada que emplea la raza germánica para hablar nuestro idioma:

—¿Incomodo a usted, señorita?

—No, señor —repuso la joven.

—Estas diligencias son muy estrechas —prosiguió el caballero de la barba a la Maximiliano—; es atroz meter aquí doce personas.

—Afortunadamente el ferrocarril llega ya a Huehuetoca —continuó el alemán.¹

—¡Con qué gusto quemaría yo estos viejos coches tan luego como tuviésemos trenes de vapor! —soltó el otro alemán, inclinando la cabeza para ver a la joven.

—Yo quemaría con más gusto a los empresarios de diligencias —agregó el de la barba.

Sonrió la joven y el caballero buen mozo, estimulado, se dio a decir pestes de las casas de posada, sacando a relucir los lugares comunes conocidos: que la comida era en ellas insoportable, que las camas no estaban limpias, que la paga era excesiva, que los administradores eran unos nerones, y otras cosas por el estilo, si bien ciertas, fastidiosas de puro sabidas. Roto el hielo,

todos tomamos parte en la conversación, refiriendo alguna escena interesante que echara por tierra el crédito de los hoteles de diligencias y procurando hacer sonreír a la joven,² que hablaba poco, y sólo tomaba parte en la conversación con los ojos.

Gradualmente fue ésta adoptando nuevos giros: se habló de política, de la inseguridad de los caminos, y de lances de ladrones. Mi adlátere, el caballero gordo, era un arsenal viviente de conocimientos ladronesco; al tocar el punto de los asaltos, se llevó la palma del triunfo, refiriendo varios de ellos en que se había hallado, y aun señalándonos los sitios donde se habían efectuado en el mismo camino que recorríamos. Esto produjo cierto malestar en el auditorio; por fortuna el joven de la barba, que era un delicioso sofista, se dio a defender a los ladrones, diciendo que no sabían lo que hacían, que robaban por ignorancia, y que los gobiernos eran los verdaderos responsables de sus fechorías. Nadie le replicó y, visto que la compañera de viaje no se interesaba en la tesis, tomó un tema literario para ejercitar la palabra. Pertenece a la escuela naturalista, y proclamaba la muerte próxima e ignominiosa del Clasicismo y del Romanticismo. Aquí fue donde entramos aquel buen mozo y yo en batalla descomunal.

—El Naturalismo —díjele por contrariarle— es la corrupción de la literatura.

—No, señor —me replicó con viveza—, es la eflorescencia de un arte nuevo; el verdadero y digno de cultivo.

Acto continuo bosquejé su credo literario, poniendo por los suelos a los genios más renombrados de la época, y declarando que los mejores escritores de los tiempos modernos eran Balzac, Flaubert y Zolá.

¡No había más literatura que la naturalista, y Zolá era su profeta!

Le repliqué como pude, aunque no tenía la verba tan fácil como él. El auditorio callaba y nos oía con atención. La joven se interesaba visiblemente en el debate; esto nos alentaba y daba mayor esfuerzo. ¿Cuál sería la opinión de ella? Por fin abrió la boca de grana, y expuso su teoría.

¡Era romántica! ¡Romántica con aquella robustez y con aquellos colores! No cabía duda: ¡lo era!, *oh, gioia!* Furibunda lectora de novelas, parecía haber devorado cuantas se han escrito en español, francés e inglés, pues hablaba también estos dos últimos idiomas; y a manera de don Quijote, las noches de no dormir y los días de no comer, habíanle debilitado el cerebro. Tan precioso descubrimiento me hizo ver su talón vulnerable —por supuesto que hablo en sentido figurado, y refiriéndome al de Aquiles—, que me sirvió de punto de orientación. Convertíme en defensor del sentimentalismo, en poeta

llorón de los años de treinta a cuarenta; no me hacía falta más que la melena de la época. El joven de la barba partida pretendió combatirme; pero Elisa —tal era el dulce nombre de nuestra compañera de viaje— se declaró a favor de mis teorías. Desde aquel momento estableciöse entre ella y yo una corriente simpática de ideas y sentimientos, que atravesaba por entre el joven de la barba, el caballero gordo, los alemanes y el casado infiel, tan visible como elocuente, convirtiéndolos en simples comparsas de la escena. ¡No había en toda la diligencia quien entendiera a aquella joven sensible, aparte de un servidor de ustedes!

Elisa era sonorense, habíase educado en un colegio de los Estados Unidos y era lo que se llama un *esprit dégaqué*,³ con mezcla de puerilidad americana. ¡Qué de elementos de fácil explotación una vez conocidos!

En verdad que si me hubiera encontrado en la piel suave de Elisa, habría preferido con mis atenciones al joven de la barba. Realmente me reconocía inferior a él en todo y por todo; y me lo confesaba interiormente con no poca pesadumbre. Pero ella no parecía parar mientes en ello, pues a pesar de mis incorrectas facciones y poco lujo en el vestir, fijaba en mí los ojos con mayor insistencia que en mi competidor. Éste, despedido, acabó por entrar en silencio fingiendo dormir, y con rostro displicente.

La derrota se declaró así en todas las filas. Los alemanes, el señor gordo, el venerable papá, todos reconocieron que la lucha estaba concluida, y cesaron de empeñarse en el combate. Entonces me convencí de que la mujer carece de sentido estético y de que, abandonada a sí misma, es como el ciego que se dirige sistemáticamente a estrellarse la nariz contra las paredes, o a echarse de cabeza en los pozos. Gústale parecer abnegada, y sin duda por esto escoge lo peor a la continua: entre el cojo y el de piernas sanas, se decide por el cojo; entre el pobre y el rico, por el pobre; entre el buen mozo y el feo, por el feo; entre el inteligente y el tonto, por el tonto. En su sublime desinterés, toma siempre el partido del débil. Ahora me tocó ser cobijado por su magnanimidad, y bendije mi inferioridad por lo pronto, pues que constituía mi superioridad sobre mis colegas. Así se trastornan alegremente los polos de las cosas; el principio de contradicción desaparece y la lógica sale derrotada. ¡“Lo bello es lo feo”, como ha dicho Víctor Hugo!⁴

Si quisiera explicar este fenómeno, diría que tal inclinación de la mujer a lo menos bueno o a lo malo no es más que el desarrollo de su naturaleza. Nació para el sacrificio; la maternidad, la crianza de los niños, el tomar puntos a las medias, ¿qué otra cosa son si no otras tantas penas? Sienten que han nacido conformadas para

el heroísmo, y necesitan para vivir someterse a privaciones y pesares. Por eso les seduce el tipo de Tenorio, porque Tenorio es su azote; por eso se casan con los miserables que no pueden darles de comer, y con los borrachos que les pegan. ¿Quién duda que en su mismo sufrimiento hallan su delicia? Nosotros los hombres, espíritus positivistas e inferiores, procuramos colocarnos lo mejor que podemos, y nos peleamos por las más guapas, por las más dulces, por las más ricas, por las más buenas; confesemos nuestro prosaísmo en presencia de su desinterés celeste.

Sea de esto lo que fuere, el caso es que Elisa y yo continuamos entendiéndonos mejor y mejor a cada instante. En la diligencia marchan las cosas de prisa; por supuesto que en cuanto al trato de los viajeros, y no por lo que mira al viaje. A poco andar, todos se han referido su historia, dando detalles sobre su patria, estado, profesión, familia, y motivo de la expedición; y en tales preliminares se basan los conocimientos y amistades de los compañeros en aquella cárcel incómoda y ambulante. Así fue como supe, obra del mediodía, además de lo que dejo apuntado, que Elisa tenía veintiún años, que iba a México a reunirse con su familia, y viajaba sola porque estaba acostumbrada a ello desde su más tierna juventud, en virtud de su educación ayancada.⁵ Me llegó mi turno, y hablé de mí mismo, refiriendo

algo de mis expediciones ultramarinas, teniendo la satisfacción de despertar vivo interés en la joven. Al saber que yo también hablaba francés y un poco de inglés, se manifestó complacida, y continuamos entendiéndonos de vez en cuando en estos idiomas, sin ser comprendidos por el auditorio, con excepción tal vez del caballero de la barba, que seguía fingiéndose dormido.

—¡Qué felicidad —le dije— de haberme encontrado con usted, señorita!

—¿Por qué, señor? —repuso aparentando no comprenderme.

—Porque es usted adorable.

—Usted es muy amable —contestó ruborizándose.

—Soy sincero.

—Verdaderamente —agregó—, me parece usted franco y natural.

Por este tenor eran a cada paso nuestros diálogos. Cuando callábamos, seguían hablando nuestros ojos. ¡Qué miradas, lector, y qué sonrisas! Todos me veían con envidia, en tanto que ella no hacía aprecio de nadie más que de mí. Tácitamente convinimos en ser compañeros inseparables. En las postas, dábale la mano para ayudarla a bajar del carruaje, y se tomaba de mi brazo para andar un poco a pie, y estirar las piernas. A la hora del almuerzo nos sentamos juntos a la mesa; le serví los platos y me distinguió con exquisitas

atenciones. Me sentía radiante de alegría, de felicidad y de orgullo. Lo mismo te habría pasado a ti, querido lector, si te hubiera tocado, como a mí, aquel premio gordo de la lotería.

III

Aún no terminaba la comida, cuando se presentó el sota gritando:

—¡Vámonos, señores!

A regañadientes y protestando contra tan dura tiranía nos levantamos para volver a nuestros incómodos asientos. La reciente comida y el calor del mediodía habían tornado más gruesos los cuerpos, aumentando el malestar general. No obstante, apenas comenzó la marcha, se notó que reinaba buen humor entre los pasajeros, porque todos, sin exceptuar al mismo sacerdote, se mostraron locuaces; tan cierto es así que la alimentación regocija hasta los corazones más tétricos.

Elisa misma parecía más expansiva, y aun tuvo un rato de afable conversación con el caballero de la barba, lo que me hizo ponerme hosco y taciturno, pues a fuer de moro, soy casi tan celoso como Otelo. Ella lo notó y me dijo sonriendo:

—¿Se siente usted mal?

—No —le contesté lacónicamente.

—Entonces, ¿por qué está usted tan callado?

—Oía la conversación.

—No vaya usted a dormirse —prosiguió con risa graciosa—, sería imperdonable.

Me dijo lo demás con los ojos, haciéndome estremecer de emoción con la corriente magnética de su mirada. Con esto se desvaneció la nubecilla que había nublado un punto mi cielo, y continuó sin interrupción nuestro sabroso tiroteo de miradas, sonrisas y frases melosas. Elisa no habló ya con el de la barba, y procuraba cuidadosamente no verle, sin duda para tenerme contento; lo que me puso, en efecto, en el colmo de la beatitud, porque me hacía triunfar dos veces: en mi inclinación y en mi amor propio.

De pronto se oyó pronunciar al caballero gordo esta frase fatídica:

—Aquí roban.

Hubo un momento de silencio.

—Sí —prosiguió—, este punto es famoso por su inseguridad. Es muy a propósito para emboscadas.

Cruzábamos a la sazón angosta cañada, costeadada por tupidos matorrales que interceptaban la vista a los dos lados de la carretera.

—A través de esa hojarasca —continuó— los drones ven a los pasajeros sin ser vistos, y los atacan en el momento que les parece oportuno. Algunas veces se anuncian haciendo fuego con los rifles.

—¿Aun cuando no se les haga resistencia? —preguntó Elisa con sobresalto.

—Sí, señorita —contestó—, antes de saber si se les hará o no resistencia. Hace cuatro días precisamente, venía yo para Querétaro, cuando de repente me despertó de la siesta que dormía el ruido de los balazos. Eran los ladrones. Aquí pueden ver ustedes los agujeros de las balas.

En efecto, nos mostró dos en los barrotes del coche, cuya vista nos hizo a todos muy mala impresión. Recibir una bala traidora salida de aquellos matorrales no era una perspectiva propia para regocijarnos.

—Por fortuna a nadie le hicieron daño —continuó el mismo caballero.

—Y, ¿fue robada la diligencia?

—No, señor, a mí no me han robado nunca. Antes me dejaría matar que consentirlo.

”Éramos los tres pasajeros; pero uno no quiso defenderse. El otro y yo hicimos parar la diligencia tan luego como sonaron los tiros, y echamos pie a tierra con los rifles en las manos. Dimos orden al cochero de que continuase la marcha, y custodiamos el carruaje hasta que salimos del punto peligroso, batiéndonos con los bandidos”.

—¿Cuántos eran? —preguntó otro de los oyentes.

—Media docena: dos de a caballo y cuatro de a pie.

Al llegar a un arroyo que está más abajo, nos acometieron con furia. Entonces mandamos parar el coche y, defendidos por las ruedas, hicimos una vigorosa resistencia. Tuve la fortuna de acertar un tiro en el pecho a uno de los jinetes; esto nos salvó, porque al verle caer, huyeron los otros.

Desde aquel momento, mi voluminoso adlátere tomó para todos las proporciones de un héroe.

Comenzó luego el recuento de armas. Nadie las llevaba; sólo el viejo militar tenía un revólver. Todos protestábamos que por olvido habíamos dejado en casa nuestros rifles; la verdad era que nadie había salido con la intención de pelear.

—No importa —dijo el héroe del reciente asalto—, si salieran, no me dejaría robar, aunque me mataran.

—Pero ¿cómo se defendería usted? —le pregunté.

—Con lo que pudiera, aun cuando fuese con piedras.

En aquel momento sonaron recios golpes en el techo de la diligencia, manera tradicional en los cocheros de anunciar la proximidad de los ladrones, y oímos una voz recatada que nos dijo desde el pescante:

—¡Prevénganse, señores, que hay viene la pela!

La sangre huyó instantáneamente de los rostros, desencajéronse las facciones y tornáronse trémulas las manos. Lúgubre silencio de expectación y ansiedad se hizo en la diligencia, y comenzó el sordo y apresurado

trabajo de ocultación del dinero y objetos pequeños, acostumbrado en tales casos. Hiciéronse agujeros en el cielo del coche, y por allí se introdujeron relojes y bolsitas. Algunos pasajeros deslizaron anillos y monedas en el calzado; otros, en medio de su azoro, no hicieron más que dejar caer en el piso del coche aquello mismo que querían salvar.

Por mi parte, confieso que no sabía qué hacer, ni me daba cuenta de lo que hacía. Creo más bien que no hacía nada, pues recuerdo que, en medio de mi aturdimiento, oí la voz de Elisa que me dijo:

—Deme usted el dinero para escaparlo.

Saqué rápidamente de los bolsillos cuantas monedas grandes llevaba, y se las di a la joven, la cual se echó todo aquello en el seno, juntamente con sus anillos, portamonedas, pendientes y reloj, de todo lo cual se había despojado con tanta prontitud como presencia de ánimo.

No hubo tiempo para más. De los matorrales salieron como doce jinetes bien montados y armados, con los rifles en las manos; y, corriendo hacia el cochero, le intimaron que detuviese la marcha. Parose en efecto la diligencia, y acto continuo vimos aparecer por las ventanillas las bocas de los rifles, y oímos las voces amenazadoras de los bandidos.

—¡Las armas!, ¡las armas! —decían unos.

—¡Cuidado con moverse, porque los ajustamos!
—decían otros.

—¡Pie a tierra! —vociferaban aquellos.

—Señores, no traemos armas —repuso el viejo militar con sangre fría.

—Entonces, pie a tierra, y al que se las encontremos le damos en la chapa del alma.

Bajamos del coche en medio de una granizada de insultos, interjecciones y palabras soeces. Los bandidos son brutales por cálculo; así logran intimidar a sus víctimas. Blasfeman y maldicen como unos condenados mientras dura la faena; sus denuestos son como el acompañamiento del despojo, y crisan los nervios de los que sufren sus demasías, más allá de toda ponderación.

Apenas había yo echado pie a tierra, cuando se me acercó un ladrón, que llevaba el caballo por la brida.

—¡El reloj! —me dijo con voz de mando.

Hacía tiempo que no me oía tratar con altanería, que me sentí sorprendido e indignado. Molesto por mi tardanza, echó mano a la leontina y, tirando con fuerza, me arrebató el reloj desgarrándome el chaleco. Sentí que me zumbaban las sienes y clavé una mirada furibunda en el rostro del malhechor, que era un mozo como de veinte años, moreno, de ojos verdes y nariz chata.

—¡Baje los ojos! —me gritó levantando el rifle.

Como no los bajé tan pronto como él hubiera queri-

do, me dirigió un golpe con el cañón del arma, que evité esquivando el cuerpo; pero levantó nuevamente el rifle para descargarme otro, y yo no sé qué hubiera sucedido, a no haberse interpuesto Elisa suplicante.

—Déjelo usted, señor —le dijo colocándose entre mí y el bandido.

—Voy a matar a este bellaco —contestó el malvado.

—No, señor, por el amor de Dios —prosiguió ella llorosa.

Por mi parte, no articulaba palabra. Era como espectador inerte de la escena.

—¿Qué es eso, con mil demonios? —gritó un jinete acercando el brioso caballo a nuestro grupo.

—Que Satanás... —señalándome— me está provocando con los ojos; parece que me quiere comer.

—No, señor —replicó Elisa—, es que el señor está muy exaltado.

—Oyes, vale, ¿y no es más que eso? —preguntó el de a caballo.

—¡Pero me la ha de pagar! —dijo el bandido.

—Hombre, la cosa no es pa' tanto; es menester que no seas tan escandaloso. ¡A ver si te vas yendo pa' allá! —y le señaló, con la espada desnuda que llevaba en la mano, otro lado de la escena. El bandido se alejó profiriendo maldiciones; pero obedeció, porque aquel jinete era el capitán de la cuadrilla.

—No tenga usted cuidado, chatita —continuó el capitán volviéndose a Elisa—. Está usted muy asustada, tenga pa' que se remoje la boca. —Y le alargó una botella de aguardiente.

Hizo Elisa como que bebía y se la volvió luego; el capitán me la pasó, diciéndome con tono entre respetuoso y burlón:

—Tenga, amo, eche un trago.

La tomé, lo eché en efecto, y me sentí un tanto confortado.

Muy cerca de mí estaba un caballo sin jinete, perteneciente a uno de los bandidos. ¡Con qué gusto lo hubiera montado, le hubiera hundido la espuela en los ijares y le hubiera soltado la rienda! Me acordé inconscientemente de aquellos hermosos versos de Espronceda, que me sonaban como música en aquella ocasión:

¡Un caballo, un caballo, campo abierto,
y dejadme frenético correr!⁶

De tan grata absorción vino a sacarme la voz del capitán:

—Amo —me dijo—, ¿lo cree que me cuadra un sombrero?

—Aquí lo tiene usted —le dije con prisa, aprovechando aquella coyuntura para manifestarle mi gratitud.

Tan luego como lo hubo recibido agregó:

—Amo, pa' usar esta gorra necesito ponerme catrín; ¡cómo no me regala su saco!

Dile también el saco; y en seguida me pidió dinero, y tomó por su propia mano la moneda menuda que había quedado en mis bolsillos. Receloso de que algo hubiera ocultado, hízome un registro en casi todo el cuerpo, y no me dejó de la mano hasta que se convenció de que no tenía nada conmigo.

Entretanto los demás bandidos, siempre insolentes, habían despojado de diferentes prendas de ropa a los otros pasajeros, y habían acabado por ordenarles se mantuviesen inmóviles y vueltos de espaldas en un recodo del camino, bajo la vigilancia de dos jinetes. Los otros, pie a tierra, rompieron las cadenas y lazos que aseguraban los equipajes a la zaga y techo de la diligencia, y dejaron caer por tierra, con recio fracaso, las cajas, maletas y valijas que allí venían en apretada confusión.

Una vez en el suelo de la carga, con la mayor barbarie, como si aquellos desalmados no perteneciesen a una sociedad civilizada, rompieron las maletas y cajones a culatazos, pedradas y sablazos, destruyendo muchos objetos sin necesidad, pues ni siquiera los dejaban útiles para ellos. Mantillas valiosas de mujer se enredaban al cuello en forma de bufanda; en los trajes de seda

formaban líos de ropa, tirándolos por tierra; y, cuando dos o más a la vez querían un mismo objeto, le tomaban al propio tiempo, tiraban de él con violencia, y le desgarraban o rompían. Hallaron por acaso algunas cajas de cerveza, y en un momento las acabaron, no tanto por lo que bebieron, cuanto por la que derramaron por tierra, pues abrían las botellas rompiéndoles el cuello a golpes, de manera que la mayor parte del líquido espumoso se vertía por el suelo. La escena parecía una reproducción en miniatura de las hazañas de los vándalos.

En esto, un suceso imprevisto vino a agravar la situación. El mozo chato y de ojos verdes que tanto quehacer me había dado pasó al otro grupo sembrando la consternación; era el más feroz de los bandidos. Por quitarme allá esas pajas, dio golpes con el cañón del rifle al valentísimo caballero gordo, quien cayó de rodillas con las manos enclavijadas, pidiendo gracia. El bandido le asestó un puntapié por toda respuesta en la mitad del pecho, derribándole sobre las espaldas y pasó delante. El viejo militar había quedado intacto hasta entonces; serio y mudo, contemplaba los sucesos con mirada glacial. Cuando el de los ojos verdes se acercó a él, quedose inmóvil viéndole de hito en hito. Echole el ladrón mano a los bolsillos y sacó algún dinero y un reloj de níquel; en seguida pretendió hacerle un registro general

en busca de otros objetos. Resistió el militar, insistió el bandido, y al fin logró cerciorarse de que el anciano conservaba la pistola.

—¡A ver esa pistola! —gritó—, viejo...

—¡Eso nunca! —contestó el militar.

—¡Cómo nunca! —repuso el ladrón dando un paso atrás y requiriendo el rifle con ambas manos.

—¡Nunca! —gritó el viejo con iguales apóstrofes; y, sacando rápidamente el revólver, apuntó con él al bandido.

—¡Qué es eso! —gritó el capitán espoleando el caballo y lanzándolo al galope al lugar de la escena.

Precipitadamente acudieron los ladrones requiriendo sus armas. Un momento más, y el viejo militar hubiera sido hecho pedazos por aquella turba de furiosos; mas se interpuso entre ellos y el valiente anciano el sacerdote moreno.

—¡Deténganse! ¡Deténganse! —gritó con imperio y se metió en medio del grupo.

—Padre, hágase a un lado —dijo un bandido—, porque si no, le toca un plumazo.

—No —les dijo—, hijos, no cometan un asesinato inútil.

—Es necesario matar a ese viejo...

—¡Silencio! —dijo el capitán—. Padrecito, ¿qué quiere su mercé?

—Que no le hagan daño a este señor ni a ningún pasajero; y por lo demás pueden quitarnos cuanto tenemos.

El capitán reflexionó un momento.

—Bueno —dijo—; pero que ese malcriado entregue la pistola.

—Señor —dijo el sacerdote dirigiéndose al militar—, hágame el favor de entregar el arma.

Hosco el anciano, nada repuso, pero se negó a obedecer.

—En nombre del cielo —prosiguió el presbítero—; de lo contrario todos seremos víctimas.

El militar vaciló un momento, y articuló al fin con voz ronca:

—A usted, sí, padre.

Al oírle, se la quitó de la mano el sacerdote, y luego la entregó al capitán.

—Está bien —dijo éste— que nadie le haga nada a ese viejo; pero una vez que estos —nosotros— no entiendan de consideraciones, ¡pela general con ellos, muchachos!

Nuestro espíritu se sosegó de pronto; pero poco duró el regocijo.

Apenas dada la orden, los bandidos se precipitaron sobre nosotros, haciendo funciones de ayudas de cámara. Nos despojaron de nuestros vestidos, y nos dejaron

en paños menores, salvándose sólo de esta vejación el sacerdote y los niños.

Elisa entregó sin resistencia el chal, el cubrepolvo y el traje; pero se resistió abiertamente a despojarse de las otras prendas de ropa. Algunos bandidos pretendían quitarle el corsé; pero se opuso de tal manera (tanto por decoro como por amor a sus alhajas), que hubo de oírle el capitán, que vino a impartirle su auxilio.

—Hombres —les dijo—, no sean tan groseros con las mujeres, ¿qué más quieren que les dé esta chatita?

Y la libertó así de mayores ultrajes.

Aunque turbado por los sucesos, no pude menos de contemplar con admiración la graciosa figura de Elisa. La blanca y corta enagua dejaba al descubierto los tobillos hasta más arriba de las botinas; el corsé listado de rojo parecía hermoso corpiño hecho para lucimiento exterior; la garganta y los brazos desnudos eran dignos de la estatuaria. Parecía poética pastorcilla de Versalles en tiempo de la Pompadour, una deliciosa figura de Greuze o de Watteau.

Concluido el despojo, no tuvieron ya que hacer los bandidos, sino formar grandes líos con nuestras cosas, amarrarlos a la grupa de los caballos, e internarse por lo más espeso de los matorrales.

—Ahora sí, amos, hasta la vista —dijo el capitán

quitándose el ancho sombrero, con tono zumbón—; ustedes dispensen.

Y se fue en pos de sus compañeros.

Cuando quedamos libres de la cuadrilla, echamos tristes miradas a nuestros equipajes. No restaba de ellos más que un montón uniforme de tablas, telas y papeles rotos, entre los que apenas se encontraban uno u otro objeto entero y servible. Con apesadado silencio arrojamos aquellos harapos en la covacha y pescante del vehículo, a fin de examinarlos más despacio en la posada.

Hecho esto, nos arrojamos una mirada investigadora los unos a los otros, y nos habríamos, después de ella, internado de buena gana en los bosques, como Adán y Eva después de haber comido la manzana, a no inspirarnos horror la maleza. Pero, a falta de vegetales tan decorosos como la higuera, recurrimos al disperso archivo de las valijas que, rotas por los bandidos, habían derramado por el suelo sus intestinos de cartas y periódicos. Escogimos los más grandes de éstos, y nos envolvimos en ellos lo más cuidadosamente que pudimos. Recuerdo que Elisa, para ocultar su hermosa garganta, hizo un agujero en el centro de un número de *El Monitor Republicano* y,⁷ pasando la hechicera cabeza por aquel conducto, se colocó el papel sobre el pecho y la espalda, como casulla de sacerdote.

Todos —con excepción de ella— estábamos altamente ridículos. Por amor propio no describo mi estampa; era muy triste, palabra de honor. El caballero gordo semejava un cupidillo en camiseta, calzones y calcetines; en realidad, era más gordo de lo que parecía. Tenía ondas y desbordamientos de carne en el busto y en el vientre, que nadie hubiera sospechado. En cambio, el militar adolecía de una flacura digna de Tanner al cuarentavo día de ayuno. Era sólo piel y huesos, como el rocín de don Quijote. El caballero de la barba, con la *idem* partida a la Maximiliano, peinado a la Capoul, en calzones interiores, descalzo y con chaleco a raíz de la piel, era una caricatura digna del lápiz de Alamilla.

Nunca ha prestado la prensa tan importantes servicios a la humanidad, como en aquella coyuntura en que puso a cubierto nuestras gorduras y flaquezas. ¿Quién duda que Gutenberg merece las estatuas que se le han levantado?

En tan triste condición tornamos a entrar en la diligencia, donde hallamos hendido el techo y abiertos los cojines por las dagas y puñales de los bandidos. Como duchos en la materia, comprendieron ellos que ahí podrían hallar ocultos objetos de valor, como en efecto los hallaron. Solamente Elisa pudo salvar en su corsé su pudor y sus alhajas y, además, un poco de dinero de su propiedad y de la mía.

Instalados en el coche y renovada la marcha, a instancia del sacerdote se rezó un rosario con gran recogimiento. Terminado el rezo, comenzó a circular una botella de coñac de propiedad desconocida, y que se salvó no sé cómo. El viejo militar se achispó de allí a poco, y se dio a hablar sin descanso, como si hubiera querido indemnizarse de su anterior mutismo. Su lenguaje era cuartelero legítimo, y lanzaba contra los ladrones ternos capaces de hacer temblar el continente. Recuerdo una frase suya que me hace reír siempre que se me viene a las mientes:

—¡Qué bocas de condenados! —decía aludiendo a los bandidos—. ¡Pues qué! ¿No veían que estaban delante de señoras? ¡Mal hayan...! —y soltaba maldiciones y blasfemias más crudas que las de los mismos ladrones.

De esta manera, envueltos en papeles como quin-callería fina o fruta conservada, llegamos a Tula obra de las ocho de la noche, avergonzados y silenciosos, a modo de soldados derrotados y prófugos que hubiesen perdido la bandera.

IV

La hora del alba sería cuando salimos de Tula para continuar el camino. La mañana estaba oscura, y dentro de la diligencia era de noche; mas a pesar de la oscuridad, luego echamos de ver que habíamos cambiado nuestras vestiduras de papel por otras menos frágiles. El vecindario, en efecto, puso a nuestra disposición su guardarropía, la cual, no por ser de moda desconocida y de medio uso, dejó de ser para nosotros preciosa en tan críticas circunstancias. Por lo que hace al pago del hospedaje, Elisa y yo, que habíamos conservado nuestros fondos, abrimos un crédito fraternal a nuestros insolventes compañeros. Así, pues, cúpome la satisfacción de proteger aquella madrugada al señor de la barba con un par de duros.

Cerradas las ventanillas por lo cortante del aire matinal, rebujados en nuestras mantas y envueltos en la sombra, caminamos varias horas guardando silencio, medio asfixiados por la falta de aire y por el humo de varios enormes vegueros que ardían dentro del carruaje como tizones diabólicos. Hubo un momento en que

todos dormían, excepto Elisa y yo, a quienes el amor traía inquietos y desvelados.

Ignoro cómo pasó el hecho; no sé si fui yo quien dio el primer paso, o si fue suya la iniciativa; el caso es que, a través de la distancia y de la sombra, la mano de Elisa y la mía se encontraron y se estrecharon. Siempre que algún pasajero encendía algún fósforo para dar lumbre a su puro, se desasían nuestras manos con presteza; lo mismo que cuando algún otro bajaba el cristal de sus ventanillas, o cuando era emprendido algún diálogo; pero tan pronto como pasaba el peligro, nos buscábamos como ciegos en la oscuridad, y tornábamos a enlazar amorosamente las manos. A pesar de nuestras precauciones, debe haber sido advertida la evolución por más de algún pasajero. Me fundo para sospecharlo, tanto en que, por estar distantes ella y yo, teníamos que inclinar el cuerpo sobre los vecinos para alcanzarnos, como en que nuestros brazos formaban una barra diagonal en el vehículo, con la cual más de una mano tropezó de vez en cuando. A decir verdad, tal contra-tiempo, si bien me causaba pesadumbre por Elisa, por lo que a mí respecta, dábame regocijo, porque hacía a mis envidiosos compañeros testigos de mi triunfo y de mi dicha. Esto me complacía, sobre todo, por el caballero de la barba. ¡Qué gusto me daba pensar que le hacía rabiar nuestra dulce maniobra!

En esto, y en lo mejor de mi éxtasis, tropezó una de las grandes ruedas del coche con un obstáculo demasiado grande de la carretera; subió gimiendo a impulso de las robustas mulas, e hizo perder el equilibrio a nuestro vehículo. Dos o tres veces intentó éste recobrar el aplomo; pero como la rueda había trepado demasiado alto, la gravedad se manifestó por el techo, donde había nuevos pesos, y el armatoste se volcó pesadamente de costado, como un voluminoso elefante.

Apenas alcancé a darme cuenta de aquellos sucesos, porque fue instantáneo su desarrollo. Los demás pasajeros, con excepción de Elisa, despertaron demasiado tarde para analizarlos. A la caída del carruaje, reinó entre nosotros la más grande y lamentable confusión que sea dable imaginar; no se oían, en medio de la oscuridad, más que los gemidos de los niños, los gritos de las mujeres y las interjecciones de los hombres. La caída nos había hecho converger hacia el costado por donde el vehículo yacía en tierra; allí quedamos algún tiempo los unos sobre los otros, oprimiéndonos con nuestra propia masa, e impidiéndonos todo movimiento. No había, además, quien pudiese orientarse. Acostumbrados a la posición habitual del carruaje, buscábamos la salvación hacia los lados, sin advertir que a ellos correspondían ahora el techo y el piso del armatoste. Largo rato pasó antes de que hallásemos la salida, que estaba arriba, pues

ahí se encontraba la única portezuela disponible. La débil claridad de la mañana que por ella penetraba la hacía aparecer muy distante; su vista me hizo el efecto de una claraboya abierta en el techo de profunda mazmorra.

Al fin comenzó el salvamento de los pasajeros; y me tocó la mala ventura de salir uno de los postreros, porque el caballero gordo gravitaba sobre mí con su peso enorme de cuatro quintales. Cuando se puso de pie y me pisó como a vil gusano, le apliqué indignado fuertes puñadas en las robustas pantorrillas para que me dejase libre. Disponíame ya a salir, olvidado en mi egoísmo de lo más precioso que había en la diligencia, cuando me oí llamar por mi nombre.

—Elisa —contesté—, ¿dónde está usted?, ¿se ha hecho usted daño?

—Creo que no —me respondió—, pero no sé donde me encuentro, estoy como perdida.

—La portezuela está arriba, espere usted un momento.

Púsose en pie y la ayudé a levantarse. Supliqué luego a los otros pasajeros que me prestasen auxilio, y entre todos pusimos a Elisa fuera del carruaje, no a fe sin bastante trabajo, tanto por lo alto del conducto como por el peso de la hermosa.

—Gracias —me dijo a la salida, tendiéndome la mano.

Una vez todos fuera del armatoste, nos pasamos en revista, como los soldados después de la refriega. Hallamos por suerte que habíamos sido afortunados, por decirlo así, porque no había mal grave que deplorar en nuestras personas. Como la marcha era perezosa, no tuvimos que lamentar ojos saltados, huesos rotos o molleas aplastadas. Todos estábamos, es verdad, más o menos golpeados o rasguñados; pero ninguno tenía cosa de cuidado. Sólo el cochero, que al caer dio de cabeza contra una piedra, se había hecho una herida considerable.

Mientras se ocupaban las señoras en atender al herido, nos consagramos los hombres a la laboriosa tarea de descargar la diligencia, echando por tierra los equipajes; de restablecer el carruaje a su posición natural sobre las cuatro ruedas, y de volverle a cargar.

Cuando todo estuvo concluido y las mulas enganchadas, colocamos cuidadosamente al cochero en el techo de la diligencia, le cubrimos con una manta, y pusimos las riendas en las manos del sota, quien se vio así exaltado a una dignidad encumbradísima. Incontinenti volvimos a entrar en el potro ambulante de nuestro tormento, y prosiguió la marcha. Había salido el sol y la mañana estaba serena y hermosísima.

—¡Hermosa mañana! —murmuró Elisa.

—En efecto —le dije—, pero ¡qué viaje tan desventurado hemos hecho!

—No, señor, ¿por qué?

—¿Cómo por qué? —repuse atónito—. ¿Le parece a usted poco lo que nos ha sucedido?

—Pero ¿qué nos ha sucedido? —insistió.

—Pues hemos sido robados, nos hemos volcado y hemos corrido serios peligros...

—¿Y qué?

—Que nuestro viaje ha sido un resumen de las calamidades a que están expuestas las diligencias. Muchas de éstas no tienen contratiempo en la travesía, otras sólo son robadas o sólo se vuelcan; muy raras son las que, como la nuestra, sufren ambos contratiempos.

—Vamos —prosiguió Elisa—, creía que tuviese usted más espíritu. Pero ¿no ve usted, hombre de Dios, que todo ha quedado en nada? Los ladrones a nadie asesinaron ni hirieron; la caída nos ha dejado casi ilesos. En cuanto a las cosas que hemos perdido, eran de poco valor; ¿quién lleva al camino lo más bueno y valioso que posee? Así que debemos considerar lo que nos ha pasado como una serie de episodios divertidos, que le han quitado al viaje la monotonía y el fastidio. ¡Bonito hubiera sido él, si no nos hubiera sucedido nada, y no hubiéramos hecho más que dormir y sorber polvo por boca y narices!

Me sentí avergonzado ante su grandeza de alma y ante su romanticismo.

—No hay cosa más detestable —continuó— que los viajes en ferrocarril. Entra usted en el vagón, silba el vapor, suena el herraje y se inicia la marcha sin sacudidas, en medio del rumor uniforme de los émbolos, sólo interrumpido por el ridículo y destemplado grito de la locomotora. No puede usted sacar la cabeza por la portezuela, porque le caen chispas y carbones en los ojos, no traba usted conocimiento con nadie, porque los pasajeros permanecen aislados en sus asientos, viéndose con ojos glaciales, a ratos durmiendo, leyendo a ratos y bostezando siempre. A paso de carga cruza usted por las estaciones y el viaje termina en un santiamén. Y llega usted a su destino con un gran desabrimiento en el ánimo y con un enorme vacío en la imaginación. ¡Nada de peripecias! ¡Nada de emociones! Yo detesto los ferrocarriles.

¡Lástima que no hubiesen oído tan elocuente tirada los administradores de diligencias; ellos, que han pronunciado tantos discursos elocuentes para demostrar la excelencia de sus pesados vehículos sobre el vapor!

Quedé avasallado por la elocuencia de Elisa, y confuso ante su valentía y amor al arte.

—Vistas así las cosas —le dije— concedo a usted la razón. Por mi parte no me quejo, antes bendigo a la suerte porque... —no supe cómo acabar.

—¿Por qué? —me preguntó riendo—, acabe usted.

—Porque la he conocido.

—¡Lisonjero! La verdad, es usted muy ingrato.
¿No se quejaba hace poco de lo desventurado del viaje?

—Y me envolvió en una mirada incendiaria.

V

Pocas horas después, estábamos en Huehuetoca, y almorzábamos Elisa y yo alegremente frente a una mesita aislada, en el restaurante improvisado que se levantaba junto a la estación del ferrocarril.

De pronto interrumpió ella una dulce frase para decirme con serenidad, fijando la mirada en la puerta de la entrada:

—¡Tate!, ha llegado Justo.

—¿Quién es Justo? —le pregunté.

No contestó. En esto llegó a nosotros la persona aludida. Era un caballero como de cuarenta años, de buen aspecto y elegantemente vestido. Se fue en derecha a Elisa, la que, puesta en pie, le dio un estrecho abrazo. Luego volvióse ella a mí y dijo mi nombre presentándome. Saludé y me puse a las órdenes del recién llegado. En seguida prosiguió Elisa mostrándome al caballero:

—Justo Rodríguez, mi esposo.

—Servidor de usted —repuso él cortésmente.

—El señor —prosiguió Elisa, mostrándome con el

mayor aplomo— es un excelente amigo y me ha prestado durante el viaje muy buenos servicios.

No sé qué murmuré en mi turbación; lo que recuerdo es que me puse colorado.

—Muy agradecido —dijo don Justo—, espero que nos favorecerá usted con sus visitas. La casa de usted es... —y me dio su dirección.

—Tendré el gusto de visitar a ustedes.

—¡Cuidado con faltar! —dijo Elisa tendiéndome efusivamente la mano y oprimiendo dulcemente la mía—. No olvide usted las señas.

Protesté que no faltaría.

Con esto se fue la pareja. Y me quedé clavado en el sitio pensando con horror en los tropiezos y emboscadas del noveno mandamiento.

NOTICIA DEL TEXTO

En diligencia, de José López Portillo y Rojas (1850-1923), se publicó por primera vez en el bisemanal *La República Literaria*, periódico fundado por el autor y Manuel Álvarez del Castillo. Los cuatro capítulos de la novela aparecieron en este orden: Capítulos I y II: *La República Literaria*, año II, t. III, Guadalajara, marzo 1887-marzo de 1888, pp. 421-429; capítulos III, IV, pp. 504-516.

En 1900, en el tomo II, *Novelas cortas I*, de las *Obras del Lic. D. J. López Portillo y Rojas* (Biblioteca de Autores Mexicanos, 27), Victoriano Agüeros reúne diez novelas cortas, todas publicadas por primera vez en *La República Literaria*, entre ellas *En diligencia*. La presente edición se realizó a partir de la publicación de Agüeros.

Para 1952 el Instituto Tecnológico de Guadalajara (Biblioteca Jalisciense, 7-8) publicó los *Cuentos completos*, cuyo tomo número II recogió la presente novela.

Con prólogo y selección de Emmanuel Carballo, la Universidad Nacional Autónoma de México (Biblio-

teca del Estudiante Universitario, 77) publicó en 1956 los *Cuentos escogidos*, entre cuyas páginas se ofrece *En diligencia*.

JOSÉ LÓPEZ PORTILLO Y ROJAS TRAZO BIOGRÁFICO

José López Portillo y Rojas nació en Guadalajara, Jalisco, el 26 de mayo de 1850. Su primera vocación fue la medicina, carrera que abandonó para titularse como abogado en 1871.

Sus padres, Jesús López Portillo y María Rojas, lo apoyaron para realizar un viaje de tres años por Estados Unidos, Irlanda, Escocia, Inglaterra, Francia, Italia, Egipto y Palestina. Recogió esa andadura en su primer libro: *Egipto y Palestina. Impresiones de viaje* (1874).

De regreso a la ciudad natal, se desempeñó como abogado y profesor en la Escuela de Jurisprudencia. En 1875 contrajo matrimonio con María Gómez Luna (fallecería tres años más tarde), con quien procreó tres hijos. En calidad de diputado al Congreso de la Unión, se trasladó a la Ciudad de México para el periodo 1875-1876; sin embargo, no concluyó su gestión debido a la caída del gobierno de Sebastián Lerdo de Tejada.

A la par del ejercicio de la abogacía en Guadalajara, López Portillo se dedicó al periodismo en *El Eco Social*

y *Las Clases Productoras*; asimismo, se integró a la Alianza Literaria, fundada por jóvenes tapatíos.

En 1880 volvió a la Ciudad de México, donde su amistad con Manuel M. Flores, también diputado, daría como resultado la publicación de *Rosario la de Acuña* (1920).

En Guadalajara, abrió un bufete y volvió a ser diputado local. En 1884 se casó con Margarita Weber, con quien tendría diez hijos. Ocho años después, volvió a residir en la Ciudad de México, esta vez en calidad de diputado suplente (1890-1892). A partir de esta década, no abandonará la política estatal, carrera que culmina con la gubernatura de su estado en 1912. De ahí pasó a ser ministro de Relaciones Exteriores durante el gobierno golpista de Victoriano Huerta.

En colaboración con Manuel Álvarez del Castillo y Esther Tapia de Castellanos fundó *La República Literaria* (1886-1890), revista difusora de ciencias, artes y letras. En esos años colaboró en otras publicaciones tapatías: *El Imparcial*, *El Abate Benigno*, *La Juventud Literaria*, y en los periódicos capitalinos *El Nacional* y *El Mundo Ilustrado*, así como en *Semana Literaria Ilustrada* y la *Revista Moderna*.

En 1898 publicó la novela *La parcela*, una de sus obras más reconocidas. Después aparecieron *Novelas cortas* (1900), *Sucesos y novelas cortas* (1903), *Los precu-*

sores (1909) y *Fuertes y débiles* (1919). Con *La novela* (1906), trabajo de reflexión teórica, ingresó a la Academia Mexicana de la Lengua, de la cual fue director desde 1916 hasta su deceso. Además de narrador, López Portillo fue poeta y dramaturgo.

En 1922 fue nombrado profesor de la Facultad de Jurisprudencia en la Universidad Nacional de México. Sin embargo, su cátedra duraría poco debido a las complicaciones de salud que ocasionaron su fallecimiento el 22 de mayo de 1923.

NOTAS

¹ Pertenciente al tramo del Ferrocarril Central Mexicano en la ruta México-Paso del Norte, la estación Huehuetoca, en el Estado de México, se ubicaba a 47 kilómetros de la capital del país; correspondía a la población del distrito de Cuauhtitlán. Véase Juan de la Torre, *Historia y descripción del Ferrocarril Central de México*, México, Imprenta de I. Cumplido, 1888.

² Los hoteles de diligencias eran lugares destinados para el descanso y pernocta de los pasajeros. Cuando surgió el uso de diligencias, en 1805, el virrey José de Iturrigaray (1742-1815) dispuso que se establecieran casas especiales para este efecto, pero fue hasta 1830 que se generalizó su uso en las rutas de Veracruz a México, México a Querétaro y de Guanajuato a Lagos; el resto de las rutas mantenía el servicio de mesones antiguos: albergues de muy mala calidad, oscuros y sucios. Véase Margo Glantz, *Obras reunidas III. Ensayos sobre la literatura popular mexicana del siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 2010.

³ Espíritu libre. El *Nouveau Dictionnaire Francois-Anglois, et Anglois-francois* de Louis Chambaud de 1776, editado en París por Panckoucke, define la frase como “A free thinking mind

that has nobly emancipated from old tales and foolish prejudices". La traducción literal quedaría: una mente de libre pensamiento que noblemente se ha emancipado de viejos cuentos y prejuicios tontos. El narrador enfatiza con esta frase la educación recibida por Elisa en los Estados Unidos. Por otro lado Gerard de Nerval (1808-1855) en *Voyage en Orient* (1851) en "L'Historie du Califa Hakem" utiliza la frase en el concepto de liberación del espíritu sobre las cadenas del cuerpo, es decir, la materia.

⁴ En su prefacio a *Cromwell* (1827), Víctor Hugo (1802-1883) cuestiona la diferencia entre la literatura clásica como arte antiguo que prepondera lo bello y la literatura romántica, arte moderno que concierne lo grotesco y lo sublime. De ahí surge la concepción artística que une lo feo y lo bello en un todo, como acontece en la naturaleza. Lo bello es simetría absoluta que se manifiesta de una sola forma; lo feo, en cambio, tiene múltiples representaciones y puede imponerse sobre lo bello, tal como ocurre, irónicamente, con el protagonista. Véase Víctor Hugo, "Prefacio", *Cromwell*, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes <<http://www.cervantesvirtual.com/obra/cromwell--0/>>, [consulta: abril de 2018].

⁵ En México, "agringada", es decir, "que imita al gringo en su estilo, índole, etc., o se muestra admirador y partidario suyo a todo trance". Francisco J. Santamaría, *Diccionario general de americanismos*, t. I, México, Pedro Robredo, 1942.

⁶ Este verso forma parte del "Canto V" de *El diablo mundo* (1841) de José de Espronceda (1808-1842). El poema puede leerse en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes <<http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/el-diablo-mundo--0/>>

<<http://dca7be6c-2dc6-11e2-b417-000475f5bda5.html>>, [consulta: abril de 2018].

⁷ El *Monitor Republicano*, diario de política, literatura, artes y ciencias; se publicó en la Ciudad de México desde 1844 hasta el 31 de diciembre de 1896. En sus dos años iniciales se llamó *El Monitor Constitucional*. Véase en Hemeroteca Nacional Digital <<http://www.hndm.unam.mx/consulta/publicacion/verDescripcionDescarga/558ff9377d1e3252308614b6.pdf>>, [consulta: abril de 2018].



En diligencia, se terminó de editar en el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, el 21 de junio de 2018. La composición tipográfica, en tipos Janson Text LT Std de 9:14, 10:14 y 8:11 puntos; Simplon Norm y Simplon Norm Light de 9:12, 10:14 y 12:14 puntos, estuvo a cargo de NORMA B. CANO YEBRA. La edición estuvo al cuidado de BRAULIO AGUILAR.